

CARTA DE LA REDACCIÓN

CRÍTICA INMANENTE DEL CAPITALISMO

Un procedimiento habitual de la crítica social ha consistido en buscar sustento teórico en planteamientos antropológicos, trascendentales o científicistas. En determinados ámbitos, tales modalidades de la crítica gozan todavía de amplia aceptación y legitimidad, siendo constantemente renovadas bajo otras envolturas más sugerentes y acordes con los tiempos presentes. Dada la naturaleza dispar de intereses y la distinta gradación de estos enfoques, caeríamos en una generalización precipitada si quisiésemos agruparlas como conformando un conglomerado de características homogéneas. Sin embargo, cuando las confrontamos con aquellas otras modalidades inmanentes de la crítica de la sociedad que se asumen como radicalmente históricas y buscan su sustento en la propia dinámica de lo real, sí advertimos en ellas ciertas limitaciones comunes.

Las orientaciones e intentos de fundamentación de la crítica de tipo antropológico, trascendental o científicista resultan inapropiadas para hacerse cargo del carácter histórico de su ámbito objetual (la sociedad) y de su propia actividad teórica. Adoptando un pretendido objetivismo libremente flotante, las críticas trascendentales y científicistas -no tanto, en este caso, las antropológicas- teorizan creyéndose desligadas de su contexto, dispensadas de tomar partido dentro del marco social donde *ya siempre* se encuentran, definido y atravesado por múltiples antagonismos. Problematizan lo existente sin asumir en cada caso su situación hermenéutica de partida, esto es, el estar socio-históricamente ubicadas y orientadas a la praxis. Al contraponer a la realidad fáctica ideales normativos externos de naturaleza trascendental o antropológica, abstraídos de las condiciones histórico-sociales de su realización, estas versiones de la crítica sufren una evidente depotenciación de su alcance crítico. Por añadidura, tales planteamientos tienden a caer además en posicionamientos homogeneizantes, incapaces de dar cuenta de la pluralidad crítico-normativa existente en nuestras sociedades.

Retrospectivamente, podemos situar los orígenes de la *crítica antropológica* en la obra de L. Feuerbach y de otros miembros de la izquierda hegeliana, si bien en muchas de sus aportaciones la remisión a parámetros idealistas o antropológicos -a una naturaleza o esencia humana (*menschlichen Wesen*) como baremo ontológico-normativo para la crítica de lo que impide su cumplimiento- se encuentra aminorada por la adopción de una estrategia de análisis inmanente. En el caso del primer Marx, la crítica antropológica aparece formulada en su máxima expresión en los manuscritos

de París de 1844. La adhesión a una ontología del ser humano de orientación marxista, con un fuerte componente antropológico, fue también recurrente en los orígenes del marxismo occidental (en G. Lukács y K. Korsch), así como en los escritos del joven H. Marcuse previos a su entrada en el *Institut für Sozialforschung* en 1933. Asimismo, desde mediados del siglo pasado hasta la década de los años setenta, los discípulos de Lukács agrupados en la llamada Escuela de Budapest se inspiraron en la ontología del ser social elaborada por su maestro para construir una antropología social marxista (cfr. *Marxismo y antropología* de G. Márkus o *Hipótesis para una teoría marxista de los valores* de A. Heller). Esta suerte de aportaciones de raíz ontológica y/o antropológica, fueron también dominantes en las diversas propuestas del “marxismo humanista” articuladas en el bloque oriental (Escuela de la Praxis yugoslava, A. Schaff, el primer L. Kolakowski, etc.) y occidental (R. Garaudy o H. Lefebvre entre otros). Podríamos incluir en este grupo a A. Honneth en una etapa previa de su trayectoria intelectual hasta su viraje hacia una crítica inmanente en *El derecho de la libertad* (2011), quien en su teoría del reconocimiento de los años noventa también pretendió fundamentar antropológicamente la crítica social.

Los inicios de la *crítica trascendental* pueden remontarse hasta la obra de I. Kant. A raíz del giro lingüístico-comunicativo llevado a cabo por J. Habermas en el seno de la tradición de la teoría crítica, la incorporación de estrategias formales-trascendentales devino una constante en los distintos aportes de las autodenominadas segunda (Habermas, K. O. Apel, A. Wellmer) y tercera generación de la Escuela de Frankfurt (Honneth). Ciertamente, el peso del trascendentalismo kantiano fue a menudo compensado con la incorporación de estrategias históricas, pero sin lograr superar pese a ello gran parte de los sesgos atribuibles a las reflexiones de tipo trascendental.

Con *crítica científicista* nos referimos al marxismo oficial de los partidos y, en general, al marxismo contemplativo y reificante de la Segunda Internacional, que tomaba como modelo para la teoría marxista diversos métodos de acercamiento positivista a su objeto importados de la ciencia natural. Décadas más tarde, las corrientes estructuralistas del marxismo -L. Althusser y sus discípulos- resucitaron desde otras bases numerosos tópicos asociados al científicismo. También la corriente anglosajona del marxismo analítico (G. Cohen, J. Elster, E. O. Wright, etc.) debería ubicarse aquí. Todas ellas se caracterizan por rechazar unánimemente toda herencia hegeliana en el seno del marxismo.

Finalmente, por *crítica inmanente* entendemos un cuestionamiento de la realidad social a partir de elementos explicitables en ella misma, sin recurrir a ideales normativos externos. Es además una teoría social crítica contraria a la adopción de actitudes epistemológicas objetivantes y no historizadas. Cabría situar su origen en el primer romanticismo alemán (F. Schlegel) y en el pensamiento de Hegel -en sus nociones de verdad y de negación determinada-, así como en los jóvenes hegelianos

y en Marx. A lo largo del siglo XX, los autores de la primera generación de la Escuela de Frankfurt fueron sus máximos exponentes, particularmente Th. W. Adorno y H. Marcuse. Las restantes versiones del marxismo crítico y del comunismo de izquierda operativas durante en el siglo XX (p. ej. la Internacional Situacionista), los autores agrupados en la *Neu Marx-Lektüre* y el *Open Marxism* (H-G. Backhaus, H. Reichelt o J. Holloway, por citar tan solo algunos nombres) o la “teoría de la escisión del valor” (R. Kurz, A. Jappe, R. Scholz, etc.) podrían englobarse igualmente dentro de este grupo. Sin olvidar tampoco otras aportaciones relevantes de la crítica social contemporánea desde una óptica antiindustrial, no específica ni necesariamente marxistas, como la *Encyclopédie des Nuisances*. Actualmente, en la órbita afín al *Institut für Sozialforschung*, autoras como R. Jaeggi prosiguen la labor de desarrollo de una crítica inmanente del capitalismo. Ejemplos de una crítica inmanente no radical ni dialéctica, sino interna y afirmativa respecto al marco social dado, los encontramos en la filosofía social y la sociología contemporáneas en las obras de M. Walzer -desde posiciones comunitaristas-, en el último Honneth o en L. Boltanski y E. Chiapello. Aun respondiendo a intereses teóricos y problemáticas diversas, el conjunto de aportaciones recogidas en el presente volumen de *Oxímora. Revista Internacional de Ética y Política*, deben enmarcarse mayoritariamente dentro del primer grupo, a saber, en aquellas modalidades de la crítica inmanente radical y dialéctica.

Jordi Magnet Colomer

Comité editorial *Oxímora. Revista internacional de Ética y Política*.